



Estar cerca del Maestro

Terry Graham



Déjenme comenzar compartiendo un poema escrito por el hijo de un anciano *darnish* que expresa bella y sucintamente el sentimiento que uno debería sentir por el Maestro, ya que él, como dicen los sufíes, ha «vaciado su capa»:

*Puedes verter lágrimas porque se ha ido,
o puedes sonreír porque ha vivido
y dado tanto a tantas personas.*

*Puedes cerrar tus ojos y rogar que vuelva,
o puedes abrir tus ojos y ver todo lo que ha dejado
con su sabiduría, su guía, su toque.*

*Tu corazón puede estar vacío porque no le ves,
o puede estar lleno del amor que compartisteis.
Su amor siempre permanecerá.*

*Puedes volver tu espalda al mañana y vivir en el ayer,
o puedes estar feliz por el mañana debido al ayer.*

*Puedes recordarle y recordar sólo que se ha ido,
o puedes conservar su memoria y dejar que siga viva.*

*Puedes llorar y cerrar tu mente, estar vacío y volver la espalda,
o puedes hacer lo que a él le gustaría:
sonreír, abrir tus ojos a su mensaje infinito,
el mensaje que perdurará...*

La realidad del Maestro no es la figura corpórea que ha fallecido, sino el espíritu en nuestros corazones. Este es el mensaje que de forma rotunda él me dio una y otra vez. Siempre decía: «No creas que aquellos que están a mi alrededor están necesariamente cercanos a mí.» Para mí, esto enfatizaba que su realidad no era la forma humana sentada allí, sino el poderoso proyector interior de luz que iluminaba nuestro corazón. Para aquellos que entienden esto, su partida material del mundo no ha hecho más que confirmar el hecho de que su realidad era, y es, la de dador de luz y alegría dentro de uno.

Tras haber pasado algún tiempo en una cárcel de Irán, tan pronto me soltaron el Maestro dio la orden de que fuera directamente a Londres, donde él residía en aquel entonces. En cuanto llegué dijo: «Has venido de la prisión de Jomeini a la prisión de Nurbakhsh». Por supuesto, la prisión del Maestro no era un áspero edificio hecho con muros, sino una concha de amor, aunque un «amor exigente».

Estar físicamente cerca del Maestro no era cosa fácil. Era como estar en un crisol, calentado hasta la temperatura del acero fundido. Era una relación de gran respeto y a veces miedo y temblor. La clave residía en enfocar la atención sobre el propio momento interior, y no ser consciente ni de sí mismo ni del mundo material alrededor de uno.

Por supuesto, había también momentos desenfadados cuando se estaba cerca del Maestro, como cuando



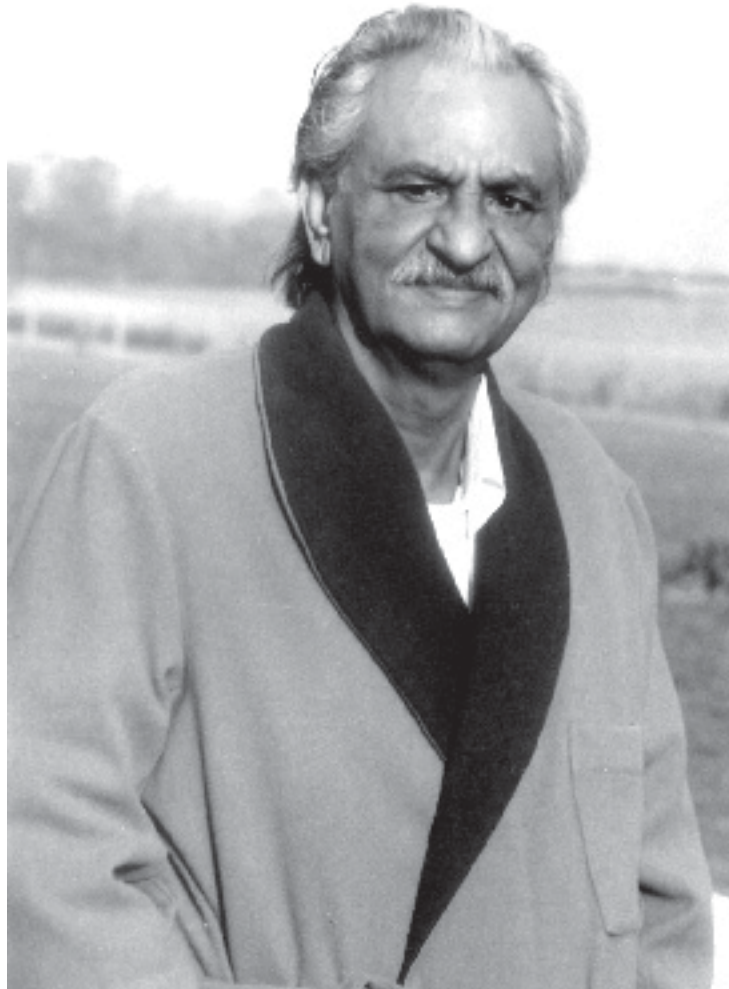
le visitaron un par de religiosos fundamentalistas con las típicas barbas hirsutas de los hombres que hacen gala de su religión. Les invitó a quedarse a comer. Cuando uno de ellos preguntó, a modo de provocación, cómo podría hacerse sufí, el Maestro le dijo: «Aféitate la barba».

«Pero», protestó el hombre,

tercambio de palabras de sabiduría con el Maestro, casi como si fuera un partido de tenis, el gurú japonés confesó que el Maestro le había vencido, y estaba muy contento por ello.

La señora de Salzmán, líder de la organización de Gurdjieff, quedó cautivada por el Maestro. Cuando él se ofreció a iniciarla, ella admitió que

Washington, D.C. En una de las conferencias, cuando un erudito americano se involucró demasiado en los intrincados detalles de un estudio sobre el pensamiento de Ibn 'Arabi, el Maestro se levantó y declaró que el sufismo había terminado con el pensador árabe-español. El americano estaba demasiado agitado para



El doctor Javad Nurbakhsh en El Viejo Molino (The Old Windmill), Banbury

«¿qué pasa con él?», señalando al señor Niktab, uno de los *sheij* ancianos de la Orden que tenía una larga barba blanca.

«Ah», dijo el Maestro, «la suya no es una barba de religión, sino una barba de amor».

El maestro recibía visitas de todo tipo y procedencia. Estando en Teherán, recuerdo a un maestro budista zen que era consejero de una empresa japonesa. Tras un largo in-

estaba tentada pero que tenía que rehusar, ya que se había comprometido a mantener unida la organización de su difunto guía.

El doctor Seyyed Hossein Nasr, el distinguido erudito iraní y experto en sufismo, era un visitante asiduo del Maestro tanto en Teherán como en Londres. También participó como ponente en las tres conferencias que el maestro patrocinó sobre el tema del sufismo: dos en Londres y una en

responder, pero Nasr, con la con la suavidad propia de un iraní de rancia cultura, se puso en pie y declaró: «Si el sufismo hubiera terminado con Ibn 'Arabi, ¿cómo podríamos tener hoy un maestro tan grande como el doctor Nurbakhsh?» ¡Sin pretender elogios o atraer la atención sobre sí mismo, el Maestro había —con la sutileza de su sabiduría espiritual— obtenido un comentario laudatorio del mayor apologista del sufismo!

El profesor francés Henry Corbin era un huésped habitual del Maestro en Teherán. Corbin era un gran promotor que atrajo la atención de los intelectuales iraníes, por no hablar del mundo en general, sobre las contribuciones de los grandes pensadores iraníes, como Shahāb al-Din Suhrawardi del siglo XII y Mollā Sadrā del siglo XVI. Sin embargo, a pesar de su vasta erudición en teosofía islámica y mazdea (Zoroastrismo), estaba todavía demasiado enraizado en los dictados del intelecto para aceptar el principio del Maestro de que el amor, y no la razón, era la base del auténtico conocimiento.

El Maestro nunca insistía en un tema. No intentaba convencer a nadie de algo que la persona no estuviera preparada para aceptar. Su cariño amoroso y su caballerosidad eran tales que prefería que la gente se fuera feliz por haber estado en su presencia —mientras fueran sinceros. Sólo era duro con la gente que no era sincera, como los fundamentalistas que habían intentado provocarle.

Una vez, una mujer americana que había sido iniciada en la Orden trajo a un joven americano para que el Maestro lo viera y le diera su aprobación como marido potencial. El joven era miembro de una orden sufi que requería que sus seguidores se hicieran musulmanes, y llevaran atuendos religiosos, barba, solideos blancos y demás parafernalia. Cuando el hombre vio al Maestro hizo una reverencia y exclamó con un fuerte acento americano: *Salāmun 'alaykum* [saludo en lengua árabe]. El Maestro levantó la mano en plan camarada y dijo: «¡Hi!» El americano se quedó tan sorprendido que se dio la vuelta y huyó, para no volver nunca más.

El Maestro era capaz de poner en evidencia la hipocresía y la insinceridad en un abrir y cerrar de ojos. En una ocasión, un hermano *darwish* de Alemania entró en el cuarto en el que estaba sentado el Maestro. En cuanto el Maestro le vio, levantó su mano izquierda y la mantuvo flácida, diciendo: «¡Hi, Hitler!» En vez de mostrarse divertido con la burla que el maestro hacía del saludo nazi, el hombre declaró indignado: «¡Mano

Sin amor, aunque vivo, eres un muerto,
sin amor, aunque querido, un despreciado;
sin amor, aunque reines, un mezquino,
con amor, aunque abatido, eres un rey.

—*Divan de poesía sufi*. Javad Nurbakhsh

—Traducido por José M^a Bermejo

equivocada», poniendo así en evidencia su tendencia a la crítica que estaba profundamente arraigada bajo su pose sufi. El maestro había mostrado su esencia en un abrir y cerrar de ojos.

El Maestro era famoso por haber dicho: «¡Los occidentales no pueden ser sufíes!» Esto parecía una condena de los occidentales. Sin embargo, con ocasión de un *dig-jush*, la gran reunión sufi, declaró: «¡Durante años he estado hablando y, sin embargo, vosotros, los sufíes, nunca escucháis!» Esto fue dicho en persa, y claramente no estaba dirigido a oídos occidentales. En ambos casos, los oyentes estaban siendo probados. Algunos de los que escucharon estas palabras —los occidentales en un caso y los iraníes en otro— se quedaron frustrados y pensaron: «¿Qué es esto? ¡He estado luchando en esta Senda durante años y el Maestro simplemente no va a aceptarme! ¡Podría, incluso, abandonar!» Otros, sin embargo, acogieron las palabras del Maestro en su corazón en su forma más profunda y pensaron: «¡Esto es un reto para que me esfuerce más intensamente!»

Fuera lo que fuese lo que el Maestro dijera, tenía tantas dimensiones como oyentes tenían sus palabras. Cada uno tomaba el mensaje del Maestro de acuerdo a su propia capacidad y modo de comprensión. Los oyentes salían de estar con el Maestro diciendo que habían escuchado cosas diferentes. A veces sus palabras estaban veladas para la conciencia del grupo de los oyentes porque iban dirigidas sólo a una persona en particular, como cuando le

visitó Coleman Barks, el americano que recreó los versos de Rumi, y le preguntó: «¿Cómo es ser el Amado?» Aunque yo estaba traduciendo, la respuesta alcanzó sólo los oídos del que preguntaba y no era para que yo la conociese. Cuando Barks, el hombre que hizo de Rumi un bestseller y un nombre muy conocido en América, salió de la presencia del Maestro, exclamó excitado: «¡Qué contento estoy de haber venido! ¡Él es un auténtico Maestro! ¡Él es auténtico!»

Hiciera lo que hiciera el Maestro, estaba repleto de carisma, de tal forma que incluso cuando parecía severo era fuente de inspiración. Un ejemplo de esto es cuando un experto en agricultura visitó el huerto en el retiro de Banbury y recomendó que se cavaran fosos alrededor de los árboles. Así que, el maestro me llamó y me dijo que comenzara a cavar. Puesto que estábamos en mitad del invierno y la tierra estaba helada, tenía que usar un pico la mayor parte del tiempo.

Durante dos meses y medio me las arreglé —con la ayuda ocasional de algún visitante, y había pocos, pues era invierno— para cavar fosos alrededor de todos los árboles. Ya había hecho un par de filas en el huerto más pequeño cuando apareció otro experto.

Cuando el recién llegado vio los fosos, se echó las manos a la cabeza espantado y dijo: «¡Qué es esto! ¡Estas zanjas alrededor de los árboles van a poner las raíces al descubierto! ¡Esto es lo peor que podías hacer!» Así que el Maestro me llamó y me dijo que los rellenara todos. Esto me

llevó aproximadamente otro mes.

Luego estaba el asunto del montículo al lado del granero. El Maestro dijo que ese promontorio había que quitarlo para que pudiéramos construir una zona de aparcamiento. Como dijo un *darmish*: «Si se puede realizar un trabajo en un par de horas con un bulldózer, el Maestro movilizará a una docena de *darmish* con carretillas para que tarden un mes en realizarlo». El propósito era, por supuesto, fomentar el servicio. El sen-

maestro me planteó fue cuando me ordenó sacrificar los pollos (debido a la epidemia de gripe aviar que en aquellos momentos asolaba Inglaterra). Era el orgulloso padre y protector de un grupo de pollos y, de hecho, había llegado a sentir bastante cariño hacia muchos de ellos. Había un pequeño gallo y una vieja gallina, de una puesta previa, que siempre acudían a saludarme cuando llegaba al corral. Había también una gallina clueca que cuidaba de los pollos rechazados por

aprender desapego. Tenía que aprender que la muerte es sólo una etapa de transición, que nos llega a todos.

El maestro me dio su lección final con las últimas palabras que me dirigió: «¡Sal!» Con esta orden, me sacó de su presencia seis semanas antes de que «vaciera su capa» y así me preparó completamente para su transición definitiva de la existencia corpórea. En la víspera de su partida, me había transmitido su poder de una forma mucho más poderosa



El doctor Javad Nurbakhsh en El Viejo Molino

tido del huerto y de todo el conjunto del *jānaqāh* era proporcionar un lugar para que los *darmish* tuvieran la oportunidad de prestar un servicio.

Así que me puse a trabajar cavando el montículo y transportando la tierra al sendero para construir el aparcamiento en seguida. De nuevo llegaron a trabajar algunos *darmish* visitantes. Por supuesto, el trabajo, que llevó un par de meses, era interiormente satisfactorio y exteriormente beneficioso como ejercicio. Como con todas las órdenes del Maestro, los beneficios fueron variados y en muchos terrenos.

Tal vez el mayor reto que el

otras gallinas y una joven adolescente empezando su vida. Eran 20 en total y todas tenían que ser sacrificadas.

El reto para mí era sumergirme en mi *zeker*, el Nombre divino que el maestro nos da en la iniciación, para estar presente en el momento, y apelar a él en mi corazón: «¡*Yā Pir, madad!* ¡*Yā Pir, madad!* (¡Oh maestro, ayúdame! ¡Oh maestro, ayúdame!)». Tenía que estar presente en el momento, como debe estarlo un discípulo en tiempos de crisis y dificultad —porque desde el punto de vista sufí todo viene del Único Ser absoluto, el Amado absoluto. Luego me puse a trabajar con ayuda de otro *darmish*. Tenía que

de lo que lo hiciera en ningún otro momento en que había sido agraciado con su presencia física. Me dejó claro que su realidad no estaba en el cuerpo físico, sino en el espíritu que vive en nuestros corazones.

Entre las palabras que me dijo personalmente y que han permanecido más vívidas en mí, se encuentra este consejo: «¿Por qué caminar con dificultad con tus propios pies cuando puedes volar sobre mis alas?»

